

Pueblo Natal

—¡He vuelto, mamá! —solía gritar mientras subía corriendo la pequeña colina hacia mi casa después de un día de juegos. Doce años después, de pie en el mismo lugar, el recuerdo vuelve a mí. Cuando regresaba, mi madre solía darme algo dulce para comer. Pastel de boniato, pan frito con azúcar y canela, o mochi de tofu con polvo de *kinako*. Durante mucho tiempo, olvidé cómo se conectaban las habitaciones de la casa, la dulzura suave de esos dulces y el sonido de la voz de mi madre cuando me llamaba. Pero ahora resurgen desde lo más profundo de mi memoria con una frescura que me sorprende. Casi puedo ver nuestra casa de dos pisos tal como era entonces. Y en esa casa—

—He vuelto, mamá —digo en voz baja, apartando los recuerdos. Abro con ambas manos la pequeña puerta del portón oxidado y entro en el terreno donde una vez estuvo nuestra casa. Las ruinas están cubiertas de maleza. Solo queda la baja cimentación de hormigón, ahora cubierta por plantas de colores vivos. Mi casa no es la única—toda la zona está igual. Donde antes había hileras de casas, ahora solo queda un campo de ruinas. El pequeño bosquecillo que solía estar aquí ha desaparecido, y no hay más que un páramo hasta donde alcanza la vista. Todo lo que solía estar aquí fue arrasado por el tsunami hace doce años. Un malecón observa el páramo desde unos doscientos metros de distancia. El sol poniente tiñe todo de rosa.

Cuando tenía cuatro años, hubo un gran terremoto. Uno realmente, realmente grande. Lo suficientemente fuerte como para sacudir toda la mitad oriental de Japón.

Cuando ocurrió el terremoto, yo estaba en la guardería, y mi madre en el hospital donde trabajaba. Evacué con las profesoras a una escuela primaria cercana, y creo que terminé quedándome allí unos diez días. Fue hace mucho tiempo, así que he olvidado la mayoría de lo que pasó. Recuerdo vagamente que hacía mucho frío, que la sirena de emergencia sonaba todo el tiempo, y que cada día comíamos bolas de arroz, pan y ramen instantáneo. Y recuerdo



que, aunque las madres y padres de los otros niños venían a recogerlos, mi madre no vino.

Nunca me había sentido triste por no tener padre (mi madre era la única figura parental que conocía), pero allí en el refugio, envidiaba desde lo más profundo de mi corazón a los niños que tenían dos padres. Recuerdo vagamente sentirme tan sola y asustada en el refugio que se convirtió en un dolor físico en todo mi cuerpo.

Un día, la hermana menor de mi madre, Tamaki, vino desde Kyushu a buscarme.

Al final, mi madre nunca regresó.

El pequeño pozo en el jardín trasero todavía está aquí. En aquel entonces, el pozo tenía una tapa de madera con una piedra encima, demasiado pesada para que un niño pudiera moverla. A veces dejaba caer piedrecitas por la rendija bajo la tapa, contando hasta oír el chapoteo.

Entonces, el pozo aún tenía agua.

Ahora está lleno de tierra, y crecen malas hierbas a su alrededor.

Estoy cavando junto al pozo con una pequeña pala oxidada. Tamaki está sentada sobre una franja de cimiento de hormigón que sobresale entre las malas hierbas, observándome en silencio.

Debe de tener curiosidad, pero creo que ha decidido no hacer preguntas, por mi bien. Los gatos están sentados en silencio a sus pies.

La punta de la pala golpea algo duro.

—¡Lo encontré! —exclamo. Ensancho el agujero, meto las manos en la tierra y saco el objeto.

Es una caja de galletas. En el centro de la tapa, con letras grandes e infantiles, se lee: "*Cosas importantes de Suzume*". Le quito la tierra, la coloco sobre el cimiento y abro la tapa. Por un segundo, creo oler tatami recién puesto—igual que en nuestra casa de entonces.

—¿Un diario? —pregunta Tamaki, asomándose.

—Sí —respondo. Dentro de la caja está mi diario ilustrado.



También hay un pequeño videojuego en forma de huevo que era popular entonces, joyas que hice con cuentas y mi papiroflexia favorita. Todo parece tan nuevo como si lo hubiera guardado la semana pasada. El plástico está liso y brillante, y el papel doblado tan vivo como si acabara de teñirse. Solía llevar estas cosas en mi mochila a todas partes. Antes de irme a Kyushu con Tamaki, vine aquí sola y las enterré junto al pozo. El recuerdo es vago, pero aún lo tengo. Una de las razones por las que estoy aquí ahora es para mirar mi diario.

—No recuerdo bien aquella época... —digo, pasando las páginas. Palabras torpemente escritas y dibujos coloridos se extienden por el papel con tanta energía que parecen a punto de saltar.

3 de marzo. Hice el festival de las muñecas con mamá.

4 de marzo. Fui a un concurso de karaoke con mamá.

5 de marzo. Fui en coche con mamá a jugar al centro comercial Aeon.

—Me perdí dentro de una puerta. Estoy segura de que lo habría escrito en mi diario.

Sigo pasando páginas.

9 de marzo. Mamá me cortó el pelo y ahora estoy mona.

*10 de marzo. Cumpleaños número treinta y cuatro de mamá.
¡Feliz cumpleaños, mamá! ¡Quiero que vivas hasta los cien!*

Otra página.

—¡—!

11 de marzo.

Toda la página está cubierta de garabatos negros. La cera brilla como si acabara de colorearla.

Lo recuerdo todo. Mis manos frías, sujetando el crayón negro.

La sensación desagradable y rugosa del cartón bajo el papel blanco mientras lo coloreaba de negro. La sensación en mis dedos y mis emociones, listas para estallar. Todo vuelve con una claridad abrumadora. Los recuerdos congelados se derriten y desbordan.

Ya no puedo contenerlos.

Paso la página. Negra.



Paso la página. Negra.
Negra, negra, negra.
Paso la página.
—...¡!

Me quedo sin aliento. Las lágrimas acumuladas en mis párpados caen sobre el diario.

Esta página tiene un dibujo de colores brillantes.

Es un dibujo de una puerta. Y dentro de la puerta, un cielo estrellado.

En la página siguiente, veo a dos personas de pie en un prado. Una es una niña pequeña, y la otra una mujer de pelo largo con un vestido blanco. Ambas están sonriendo.

—¡No fue un sueño...!

Toco suavemente las dos figuras. El pigmento espeso de los crayones se desprende ligeramente en mis dedos, como si realmente hubiera logrado tocar el pasado. No fue un sueño. Realmente ocurrió. Me perdí a través de una Puerta hacia el Más Allá y encontré a mi madre allí. La puerta por la que puedo pasar está aquí, en este lugar.

—¡Ahora lo recuerdo—la luna estaba llena aquella noche!
¡Estaba brillando sobre aquella torre de radio!

Junto al dibujo de la puerta hay una luna y lo que parece una torre delgada. Levanto la vista del diario y escaneo mi entorno.

Al otro lado del páramo crepuscular, la encuentro. Como una cerilla solitaria en el paisaje sombrío, la torre de radio sigue allí.

Echo a correr hacia ella.

—¡Suzume, espera! —grita Tamaki, alarmada—. ¿Estás buscando esa puerta? ¡Pero no hay forma de que unos escombros de hace doce años sigan ahí!

Su voz desconcertada se desvanece detrás de mí.

Corro directamente a través de las ruinas oscurecidas hacia la torre. Sadaijin corre a mi lado, como mi sombra. A veces vislumbro suelos de hormigón entre las malas hierbas, o escaleras cortas, o montones de neumáticos y madera. Sigo corriendo hasta que la



torre de radio se alza sobre mí, y entonces me detengo y miro a mi alrededor.

—¿Dónde está?

Jadeando, examino el paisaje. Igual que aquella noche, una luna llena amarilla cuelga a la izquierda sobre la torre. Debe estar cerca.

—Suuuzume —dice una voz infantil. Miro hacia ella y veo un gatito sentado a poca distancia en las sombras.

—Daijin...

Corro hacia el gato. Se aleja de mí sin responder.

—¿Eh... qué haces?

Lo sigo. Pasamos por lo que debió ser una puerta, a juzgar por la base de hormigón que queda. Daijin se detiene allí y me mira. Lo que parece una tabla cubierta de hiedra está apoyada contra un muro de piedra bajo.

—¿Es esto?

Me arrodillo entre las malas hierbas y miro más de cerca. Es una puerta. Empiezo a arrancar la hiedra con ambas manos, impulsada por una fuerza invisible. Las raíces se aferran con fuerza a la puerta, y necesito toda mi fuerza para arrancarlas. Mis palmas sangran un poco por las hojas y tallos afilados, pero apenas lo noto. Estoy completamente absorta en quitar la hiedra.



Cuando la puerta queda al descubierto, la levanto con ambos brazos y la apoyo contra el muro de piedra.

Es una puerta de madera muy corriente, del tipo que se ve en cualquier casa. Está colgada en bisagras dentro de un marco de madera de tres lados. El revestimiento se está desprendiendo, y a la altura de la cintura hay un pomo metálico oxidado. No hay duda—esta es la puerta que abrí cuando era niña.

—Daijin... —digo. Un pensamiento acaba de ocurrírseme—. ¿Estaba equivocada al pensar que eras tú quien abría las Puertas? ¿Todo este tiempo solo has estado intentando guiarme hacia ellas?

Daijin me observa con esos ojos amarillos bien abiertos en su rostro huesudo. Doy voz a las emociones que brotan dentro de mí.

—¡Gracias, Daijin!

El gatito parece sorprendido—y mientras lo observo, su cuerpo huesudo se hincha hasta volverse redondo y regordete. Sus orejas caídas y su cola se alzan felices.

—¡Vamos, Suzume! —dice con alegría, volviendo a parecer una bolita de mochi.

—¡Vamos! —respondo, agarrando el pomo y abriendo la puerta.

Una ráfaga de viento sopla hacia fuera y me empuja, como si acabara de abrir una esclusa. Dentro hay un cielo lleno de estrellas brillantes.

—Guau...

No puedo evitar quedarme boquiabierta. El cielo nocturno que he visto tantas veces en mis sueños está ahora ante mis ojos. Y no solo lo estoy viendo. El viento tiene un olor familiar, y las estrellas parecen tan reales que creo que podría tocarlas. Puedo entrar. Lo sé con una certeza extraña. Esta es mi Puerta. Sadaijin y Daijin están a mi lado.

—¡Suzume! —alguien grita desde atrás. Me doy la vuelta y veo a Tamaki corriendo hacia mí.

—¡Tamaki, volveré! —grito.

—¿¡Pero adónde vas!?

—¡A ver a alguien a quien quiero!

Salto a través de la puerta, y los gatos vienen conmigo. Una luz brillante y multicolor me rodea como si estuviera dentro de un prisma.



Según Tamaki, a ella le pareció que desaparecí de repente dentro del marco de una puerta.

Pensando que sus ojos la habían engañado, corrió hacia la puerta, pero no había nadie. Ni su sobrina ni los gatos. Solo un prado oscuro y silencioso, sin la más mínima brisa. Pero la puerta



apoyada contra el muro de piedra se balanceaba y crujía, como si el viento de un mundo invisible la empujara.

—Suzume... —susurra con voz ronca. No entiende lo que ha pasado, y no puede creer lo que cree haber visto. Está confundida. Tenía un presentimiento inquietante de que simplemente volver aquí no sería suficiente. Pero esto va mucho más allá de lo que es capaz de comprender.

Hermana, piensa mientras contempla la puerta hacia ninguna parte. Si estás ahí dentro... por favor, protege a Suzume.

Finalmente, la puerta deja de moverse, y los insectos comienzan sus suaves cantos, como si en secreto empezaran sus preparativos para el próximo otoño.

